

III.

El torneo.

Al día siguiente, el duque de Turena se levantó muy temprano y fué á palacio, donde encontró al rey, que se estaba preparando para oír misa. Carlos, que le quería en extremo, le salió al encuentro sonriéndose, pero advirtió que el duque estaba triste; dióle la mano, y clavando en él sus ojos:

— Hermano, le dijo, algún pesar os aflige; estáis muy turbado.

— Es cierto, monseñor, contestó el duque.

— Vamos, confiádmelo, dijo el rey agarrándose de su brazo y conduciéndole á una ventana; quiero saber lo que os pasa, y si alguien os agravió, corre por mi cuenta hacerlos justicia.

Contóle entonces el duque la escena que había ocurrido la noche anterior, y que ya conocen nues-

tros lectores. Díjole que Pedro de Craón había vendido su confianza contando sus secretos á madama Valentina, con muy dañada intención; y luego que vió que el rey tomaba parte en su resentimiento, añadió:

— Monseñor, por el respeto que os debo, os juro que si no me hacéis justicia, llamaré traidor y embustero á ese hombre cuando se halle hoy reunida toda la corte; y os juro también que morirá á mis manos.

— Nada haréis, dijo el rey, porque os lo suplico, ¿no es verdad? Pero yo mandaré que se le diga, á más tardar esta noche, que desocupe mi palacio y que me son inútiles sus servicios. De todos modos, no es esta la primera queja que de él ha llegado á mis oídos; y si no he parado en ello la atención, á vos debe agradecerlo, porque era vuestro amigo inseparable. Á mi hermano el duque de Anjou, rey de Nápoles, de Sicilia y de Jerusalén, donde está el Calvario (Carlos se santiguó), le ha malversado sumas considerables. Por otra parte es primo del duque de Bretaña, que no respeta mi voluntad, como todos los días me lo prueba, pues nada ha cumplido aun de la reparación que le exigí con respecto á mi buen condestable. Me acuerdo también que ese mal duque se obstina en no

reconocer la autoridad del Papa de Aviñón, que es el verdadero y que sigue, á pesar de haber yo mandado lo contrario, acuñando moneda de oro, siendo así que á un vasallo tan solo le es permitido acuñar la de cobre. Sé además, continuó el rey animándose por momentos, y lo sé por buen conducto, que sus ministros de justicia no reconocen la jurisdicción del Parlamento de París, cuando esto es un crimen de alta traición, pues recibe el juramento absoluto de sus vasallos, atentando de este modo á mi eminente dominio. Todas estas cosas reunidas á otras muchas, me ponen en la precisión de que todos los parientes y amigos de ese duque no puedan ser los míos, y es muy oportuna la queja que tenéis de Pedro Craón, contra quien empezaba yo á sospechar. No hablemos más por hoy de este particular; manifestadle, sí, esta noche vuestra voluntad, que yo también le manifestaré la mía. En cuanto al duque de Bretaña, es cuestión de soberano á vasallo; y si el rey Ricardo me concede la tregua de tres años que le he pedido, aunque le apoye mi tío de Borgoña, con cuya sobrina está casado, veremos quién de los dos es el rey de Francia.

El duque dió gracias al rey por la mucha parte que había tomado en su injuria; y ya iba á reti-

rarse, cuando la campana de la real capilla tocó á misa, y el rey le convidó á que asistiese á ella, con tanta más razón, cuanto que debía decirle el arzobispo de Ruan, Guillermo de Viena, y oírla la reina.

Concluida que fué, el rey Carlos, la reina Isabel y el duque de Turena entraron en el salón del festín, donde encontraron reunidos y aguardándolos á todos los caballeros y demás que su clase, su dignidad, ó el gusto del rey ó de la reina, habían convidado al banquete.

Sirvióse la comida en la gran mesa de mármol, y en una de las columnas del salón estaba apoyado el aparador del rey, ricamente cubierto y adornado con bajillas de oro y plata; alrededor de la mesa había una barrera guardada por ujieres y maceros, á fin de que solo llegasen á ella los que debían servirla, quienes á duras penas podían hacerlo, á pesar de tantas precauciones, porque era innumerable el gentío que presenciaba aquel espectáculo.

Luego que el rey, los prelados y las damas se hubieron lavado las manos en ricas palanganas de plata, que los criados de palacio les presentaron puestos de rodillas, el obispo de Noyón, que presidía la mesa, tomó asiento, y tras él lo verificaron el obispo de Langres, el arzobispo de Ruan y el rey. Su vestido era de terciopelo carmesí.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

forrado de armiños, y ceñía sus sienes la corona de Francia; á su lado se sentó madama Isabel, á la que también adornaba una corona de oro; á la derecha de la reina estaba el rey de Armenia, y seguían á este en el orden siguiente, la duquesa de Berry, la de Borgoña y la de Turena, y las señoras de Nevers, Bonne de Bar, de Coucy, de Harcourt y de Sully, esposa de Guy de La Tremouille.

Además de esta mesa había otras dos, cuyos honores hacían los duques de Turena y de Borbón, de Borgoña y de Berry, y alrededor de ellas estaban sentadas más de quinientas personas entre caballeros y damas.

Esta clase de espectáculos, que en aquella época dividía en dos la comida, estaban en boga y eran muy apreciados. Luego que se acabó el primer servicio, los convidados se levantaron y fueron á posesionarse, quién de las ventanas, quién de las gradas, quién de las mesas que para el efecto se habían colocado alrededor del patio; en fin, cada cual donde pudo. Era tanto el gentío, que el balcón donde estaban el rey y la reina se llenó también de damas y caballeros.

En medio del patio de palacio, un sinnúmero de trabajadores habían levantado en menos de dos

meses un castillo de madera de cuarenta pies de alto y sesenta de largo: en cada uno de sus ángulos había una torre, y otra en el centro, mucho más alta que las demás. Aquella fortaleza representaba la inexpugnable y gran ciudad de Troya, y la torre alta el palacio de Ilión; alrededor de las murallas se veían grabadas en ricos estandartes las armas del rey Priamo, del valiente Hector, su hijo, y de los reyes y príncipes que con ellos se encerraron en Troya. Había sido colocado aquel edificio encima de cuatro ruedas, por medio de las cuales algunos hombres que estaban dentro le movían cuando y como convenía para defenderle. Muy pronto se puso á prueba su destreza, porque avanzaron por dos costados para asaltarle al mismo tiempo, y auxiliándose recíprocamente una tienda y una nave: la primera representaba el campo y la segunda la escuadra de los griegos: las dos estaban empavesadas con las armas de los caballeros más valientes que siguieron al rey Agamemnon, desde el ligero Aquiles hasta el prudente Ulises. Bien se contarían hasta doscientos hombres, tanto en la tienda como en la nave, y en una puerta de las caballerizas reales asomaba la cabeza el caballo de madera, que tranquilamente aguardaba el momento de entrar en escena. Pero con gran

sentimiento de los concurrentes, no pudo llegar la fiesta á aquella interesante situación, porque en el momento en que los griegos de la nave y de la tienda, teniendo á su cabeza á Aquiles, atacaban con el mayor valor á los troyanos del castillo, maravillosamente defendido por Hector, sonó un estrepitoso estallido, seguido de movimientos y murmullos espantosos: motivó aquella novedad un tablado que se hundió delante de la puerta del Parlamento, arrastrando en su caída á cuantos sostenía.

Entonces, y como sucede siempre en semejantes ocasiones, temiendo cada cual por sí igual incidente, se puso á gritar lo mismo que si este incidente hubiera llegado ya; aquella multitud se apretó, se empujó, se confundió, porque todos quisieron bajar á la vez, y se precipitaron en las gradas, que se rompieron; aunque la reina y las damas nada tenían que temer, el miedo se apoderó también de ellas de un modo pánico; y bien fuese terror infundado por un peligro que no corrían, bien fuese á fin de no presenciar la escena de confusión que á su vista pasaba, se retiraron para entrár en el salón del banquete; pero detrás de ellas se habían estacionado y amontonado un sinnúmero de criados, de escuderos y de pajes, y

detrás de éstos estaba el pueblo, que se aprovechó del apresuramiento con que los ujieres y maceros se dirigieron á las ventanas para invadir la habitación; de modo que madama Isabel no pudo romper aquella muralla de carne y cayó desmayada en los brazos del duque de Turena, que se hallaba á su lado. El rey mandó que se suspendiesen los juegos: levantáronse las mesas, en las que se había dispuesto ya el segundo servicio, y quitóse la barrera que las rodeaba, de modo que en el espacio que quedó vacío pudieron esparcirse libremente los convidados.

Felizmente no ocurrió ningún accidente desagradable: solo madama de Coucy recibió una leve contusión, y madama Isabel seguía desmayada: lleváronla á una ventana aislada, y la derribaron para que cuanto antes le diera el aire, á favor del cual se recobró al instante. Pero era tal el terror que se había apoderado de ella, que quiso marchar al momento: en cuanto á los espectadores del patio, algunos murieron, y muchos salieron más ó menos gravemente heridos.

En consecuencia, la reina subió á su litera, y acompañada de damas y caballeros, que formaban á su alrededor un cortejo de más de mil caballos, llegó al palacio de San Pablo. El rey se embarcó

en un esquife, y subió el Sena con los caballeros que iban á tomar parte en la justa que él debía dirigir.

Cuando llegó á su palacio, encontró un hermoso regalo que le presentaban cuarenta menestrales en nombre de todos los de París: iba colocado en una litera, cubierta con un crespón de seda, á través del cual se traslucían las joyas de que se componía; y consistían en cuatro vasijas, cuatro tazas y seis platos, todo de oro macizo y del peso de cincuenta marcos.

Cuando se presentó el rey, los portadores de la litera, que estaban vestidos de indios, la colocaron delante de su real persona en medio de la cámara, y uno de los menestrales que la acompañaban, doblando una rodilla, le dijo:

— Muy querido señor y noble rey: vuestros menestrales de París os presentan, con motivo del fausto advenimiento á vuestro reino, todas las joyas que se hallan en esta litera, y otras semejantes se ofrecen en este momento á la reina y á la duquesa de Turena.

— Gracias, respondió el rey; este regalo es hermoso y rico, y nunca nos olvidaremos de los que nos le hacen.

En efecto, dos literas iguales aguardaban á la

reina y á la duquesa de Turena en sus habitaciones respectivas: llevaban la de la reina dos hombres disfrazados, el uno de oso y el otro de unicornio, y contenía un aguamanil, dos frascos, dos saleros, dos vasijas, seis tazas de oro puro y macizo, doce lámparas, veinticuatro copas, seis platos y dos fuentes de plata; todo pesaba trescientos marcos.

Los que conducían la litera destinada á la duquesa de Turena, iban vestidos de moro, se habían teñido la cara de negro, llevaban turbantes blancos, como si fueran sarracenos ó tártaros, y cubríanles ricas telas de seda. Las alhajas de oro consistían en una vasija, una fuente, dos cajas, dos platos y dos saleros; y las de plata, en seis copas, seis platos, veinticuatro tazas y veinticuatro saleros; y todo, tanto en oro como en plata, pesaba doscientos marcos. El valor general ascendía, según Froissar, á más de 60,000 coronas de oro.

Los menestrales, al ofrecer estos regalos á la reina esperaban por este medio obtener su protección y que se les disminuyesen los impuestos; pero sucedió todo lo contrario, porque se aumentó la gabela y se prohibió la moneda de plata de doce y de cuatro dineros que circulaba desde el reinado de Carlos V; y como esta moneda era la del pueblo

bajo y la de los mendigos, se vieron éstos privados de los renglones de primera necesidad.

Por lo demás, aquellos regalos complacieron estremadamente á la reina y á madama Valentina, quienes dieron las gracias á los que se los habían llevado, y se dirigieron en seguida al campo de Santa Catalina, en el que estaba preparada una liza para los caballeros y establecidos tablados para las señoras.

De los treinta caballeros que debían combatir en aquel día, y á quienes se denominaba los caballeros del sol dorado, porque en sus broqueles llevaban esta insignia, veintinueve aguardaban ya en la liza armados de punta en blanco. El único que faltaba se presentó, y rindiéronse todas las lanzas para recibirle: era el rey.

Un murmullo prolongado anunció casi al mismo tiempo la llegada de la reina: sentóse en la galería que estaba preparada para ella, teniendo á su derecha á la duquesa de Turena y á su izquierda á madama de Nevers. Detrás de las dos princesas estaban de pie el duque Luis y el duque Juan dirigiéndose de vez en cuando una que otra palabra, con aquella fría política, tan familiar en aquellos cuya posición obliga á disimular sus pensamientos. Cuando se hubo sentado la reina, las demás damas,

que sólo aguardaban aquel momento, se precipitaron al cerco que les estaba reservado.

Los caballeros que debían justar se colocaron uno tras de otro, teniendo al rey á su cabeza; seguíanle los duques de Berry, de Borgoña y de Borbón, y á éstos los veinte y seis sostenedores restantes, marchando según su clase y dignidad. Todos al pasar por delante de la reina inclinaron su lanza hasta el suelo, y la reina saludó tantas veces cuantos eran los caballeros.

Cuando se terminó esta evolución, los sostenedores se dividieron en dos bandos. El rey tomó el mando del uno y el condestable el del otro. Carlos condujo los suyos al pie del balcón de la reina, y Clissón se retiró al extremo opuesto.

— Monseñor de Turena, dijo entonces el duque de Nevers, ¿no se os ha ocurrido confundiros con esos nobles caballeros y romper una lanza en honor de madama Valentina?

— Primo, respondió con sequedad el duque, el rey mi hermano me ha permitido que sea el único sostenedor de la jornada de mañana; no es en una refriega, es en una justa; no es uno contra uno, sino solo contra todos, como quiero yo sostener la hermosura de mi dama y el honor de mi nombre.

— Y debierais añadir, monseñor, que una y otro podían ser sostenidos con armas que no fuesen juguetes de niños, como suelen emplearse en semejantes juegos.

— Estoy pronto á sostenerlos con aquellas de que se valgan para atacarlos. En la puerta de mi tienda habrá dos escudos, uno de paz y otro de guerra: los que toquen el escudo de paz me honrarán; los que toquen el escudo de guerra me complacerán.

El duque de Nevers se inclinó como un hombre que, habiendo sabido cuanto quería saber, desea que la conversación no pase más adelante.

Por lo que hace al duque de Turena, no comprendió al parecer el objeto de aquellas preguntas, y distraído se puso á jugar con el puño de su espada.

En aquel momento sonaron los clarines; y los caballeros, á esta llamada que les anunciaba que la refriega iba á empezar, se ataron al cuello los escudos, se afirmaron en sus arzones y enristraron sus lanzas, de modo que cuando se perdió en el aire la última nota del clarín, se oyó la voz de los jueces del campo, que gritaban al mismo tiempo y desde los dos lados de la liza: « Partid. »

Apenas se pronunciaron estas palabras, cuando

desapareció el sol debajo de las olas de polvo, á través de las cuales era imposible seguir á los combatientes. Casi al mismo tiempo se oyó el ruido que hicieron los dos bandos al chocarse: la liza apareció entonces á las miradas como un mar agitado en el que ruedan olas de oro y de acero. De cuando en cuando se veía en la cima de una de ellas algún noble penacho blanco que parecía un copo de espuma; pero casi todas las hazañas de aquel primer choque se perdieron, y solo se conoció á qué lado se había inclinado la ventaja cuando los clarines tocaron la tregua y cuando los dos bandos se retiraron á sus respectivos campos.

Ocho caballeros montados y armados quedaban todavía alrededor del rey, y eran el duque de Borgoña, messire Guillermo de Namur, messire de La Tremouille, messire Juan de Harpenne, el barón de Iverg, messire Regnault de Roye, messire Felipe de Bar y messire Pedro de Craón.

Bien se le ocurrió al rey mandar que este último no tomase parte en la justa, á causa de la cólera que contra él mismo excitara; pero reflexionó que su retirada desorganizaría la refriega, para lo que era de toda necesidad el número par.

Seis tan solo acompañaban al condestable y eran el duque de Berry, messire Juan de Barbanzón,

el señor de Beaumanoir, messire Jeoffroy de Chary, messire Juan de Vienne y messire de Coucy. Los demás habían sido derribados y no tenían derecho para volver á montar á caballo, ó habían tocado la barrera retrocediendo delante de sus contrarios, y por este hecho estaban considerados como vencidos: el honor del primer encuentro fué para el rey, porque había conservado más caballeros.

Los pajes y los escuderos, aprovechándose de aquel momento de descanso, regaron la liza á fin de que desapareciese el polvo: las damas aprovecharon extraordinariamente aquella determinación, y los caballeros, seguros de que sus proezas serían en lo sucesivo vistas y aplaudidas, redoblaron su valor: cada cual llamó á su paje ó á su escudero, le mandó arreglar su armadura, apretar las cinchas á su caballo, sujetar con más fuerza su escudo, y se preparó para el nuevo combate.

No se hizo desear por mucho tiempo la señal: segunda vez sonaron los clarines, enristraronse las lanzas, y á la voz « partid, » los dos bandos, disminuidos en más de la mitad, cayeron uno sobre otro.

El rey eligió por antagonista á messire Oliverio de Clissón, y aquellos dos personajes llamaron la atención general. Á medio camino de la liza

se encontraron: el rey alcanzó á su adversario en medio del escudo, y fué tan fuerte el bote, que la lanza se rompió: el veterano se mantuvo firme en los estribos, solo flaqueó su caballo del cuarto trasero; pero al primer espolazo se levantó noblemente. El condestable enristró su lanza como para amenazar al rey, y cuando estuvo cerca de su sagrada persona la rindió, indicando de este modo que se honraba en justar con el soberano, pero que le respetaba demasiado para herirle, aunque solo fuese en un juego.

— Clissón, Clissón, le dijo Carlos riéndose, si no hacéis mejor uso de vuestra espada de condestable que de vuestra lanza de caballero, por mi honor que os quitaré la hoja y tan solo os dejaré la vaina; y os aconsejo también que vengáis en lo sucesivo á las justas con una caña, pues os hará el mismo servicio que vuestra lanza, si contáis serviros siempre de ella como en esta ocasión.

— Monseñor, respondió Clissón, con una caña haría frente á los enemigos de V. A., y con el auxilio de Dios triunfaría de ellos; porque el amor y el respeto que os tengo me infundirían tanto valor para defenderos, como miedo me han infundido para atacaros. Por lo que toca al uso que pienso hacer de mi lanza con cualquier otro que no

seáis vos, podréis conocerlo ahora mismo. Mirad, monseñor.

En efecto, messire Guillermo de Namur, después de haber derribado de la silla á Jeoffroy de Chary, buscaba con la vista contra quién ir á combatir, pero todos estaban ocupados ; y aunque habría podido socorrer á los de su partido que más apurados estuviesen, despreció aquella desigualdad. En el mismo momento oyó la voz del condestable que gritaba :

— Á mí, si os place, messire de Namur.

Guillermo inclinó la cabeza en prueba de que aceptaba el desafío, se afirmó en los estribos, enristró la lanza y corrió contra messire Oliverio, quien sacó su caballo á galope para ahorrarse á su adversario la mitad del camino : se encontraron.

Namur había dirigido la punta de su lanza al casco de Clissón, y el golpe estaba tan bien calculado, que se lo arrancó de la cabeza. Al mismo tiempo la lanza de Oliverio hirió á su adversario en medio del escudo. Namur era demasiado buen jinete para perder los estribos ; pero la violencia del golpe fué tal, que rompió las cinchas, y jinete y silla rodaron á diez pasos del caballo. Un aplauso general resonó y las damas agitaban en el aire

sus pañuelos. Era el mejor bote de lanza que se había dado.

Clissón no tuvo tiempo de pedir otro casco, porque vió que sus compañeros se hallaban en grande apuro. Se precipitó con la cabeza descubierta en medio de la refriega, rompió su lanza, cansada ya de tres encuentros, en el casco de Harpedonne, y desenvainando su espada le acosó tan vivamente antes de que se recobrase, que le obligó á tocar en barrera. Volvió al campo de batalla : solo dos caballeros sostenían el combate : eran Craón y Beaumanoir. El rey había permanecido mero espectador de la justa y no había tomado parte en ella desde que corriera contra Clissón. El condestable imitó su ejemplo, y aguardó el resultado del combate de su último caballero contra su último antagonista. La ventaja estaba de parte de Beaumanoir cuando su espada se rompió en el broquel de Pedro de Craón. Como solo era permitido servirse de la lanza y de la espada, y Beaumanoir había roto estas dos armas, no pudo, muy á su pesar, continuar el combate, é hizo seña con la mano que se declaraba vencido. Pedro de Craón se volvió, creyendo ser el único sostenedor del campo, cuando divisó á distancia de unos diez pasos á Clissón que le miraba sonrién-

dose. El honor de la jornada iba á decidirse entre los dos.

Pedro de Craón se sonrojó, porque aunque era buen jinete y muy diestro en el manejo de toda clase de armas, conocía al hombre de hierro contra el cual iba á luchar; sin embargo, no vaciló un momento, y soltando las riendas á su caballo, se apoyó contra su grupa, tomó su espada con las dos manos y corrió contra el condestable. En la carrera se vió dar dos rápidas vueltas á aquella flamígera espada y luego se dejó caer produciendo un ruido igual al de un martillo que hiere un yunque sobre el escudo, á favor del cual libraba Clissón su cabeza descubierta. Si aquella espada hubiese estado afilada, el escudo de Clissón no hubiera podido resistir tan fuerte golpe; pero como se combatía con armas sin punta y sin filo, le causó al condestable el mismo efecto que el de una varita de sauce agitada por la débil mano de un niño. El veterano se dirigió hacia Pedro de Craón, que le aguardaba ya puesto en guardia. Esta vez era el condestable el que atacaba y Pedro el que se defendía. El ataque fué sencillo: Oliverio apartó con su espada la del enemigo, y agarrando luego su arma con las dos manos y como si se desdeñase de servirse de la hoja, asentó con el

puño un golpe tan violento en el casco de Craón, que se lo abolló como hubiera podido hacerlo con una maza de armas. El jinete tendió el brazo y cayó desmayado sin pronunciar una sola palabra. Avanzando entonces el condestable hacia el rey, se apeó de su caballo, y tomando su espada por la punta se la presentó, declarando de este modo que se daba por vencido y que cedía á su alteza el honor de la jornada; pero el rey, que vió que aquella acción era mera cortesía se apeó también, abrazó á Clissón y le condujo en medio de los aplausos de las damas y caballeros al pie del balcón de la reina, donde fué felicitado por madama Isabel y por el duque de Turena, que habían visto con placer la desgracia de Craón, y por el duque de Nevers, que aunque poco amigo del condestable, era demasiado buen justador para no admirar las grandes hazañas que había hecho.

En aquel mismo momento una cabalgada se detuvo en frente de la puerta de la iglesia de Santa Catalina: el jefe se apeó del caballo, y entró en la liza con botas y cubierto de polvo; dirigióse al rey, y doblando una rodilla le presentó una carta sellada con las armas del rey de Inglaterra. Carlos la abrió; contenía la tregua concedida por el rey Ricardo y sus tíos, cuya tregua debía durar tres

años por tierra y por mar, á saber : desde el 1.º de Agosto de 1389, hasta el 19 del mismo mes de 1392. El rey la leyó en alta voz ; y aquella noticia que todos aguardaban con impaciencia y que llegó en tan oportuna ocasión, parecía un nuevo presagio de la felicidad que se esperaba de un reinado que empezaba con tan buenos auspicios. El señor de Chateau-Morand, que era portador de aquel mensaje, fué muy cumplimentado de la corte ; y el rey, para manifestarle su aprecio y su agradecimiento, le convidó á comer á su mesa, y se le llevó, sin permitirle que fuese á mudarse de traje.

La noche de aquel mismo día el señor de la Hivière y messire Juan Lemercier de parte del rey, messire Juan de Bessil y el senescal de Turena de parte del duque, se presentaron en el palacio de Pedro de Craón, que estaba situado cerca del cementerio de San Juan, y le manifestaron, en nombre del rey y del duque, que les eran inútiles sus servicios.

La noche siguiente, aunque padecía mucho de resultas del golpe que había recibido, salió Pedro de Craón de París y tomó el camino de Anjou, donde poseía un fuerte castillo denominado Sablé.

IV.

El reto.

Al amanecer del día siguiente, cuatro heraldos con la librea del duque de Turena recorrían las calles de París precedidos de clarines, se paraban en todas las encrucijadas y calles, y leían los carteles de desafío que con un mes de anticipación se habían dirigido á todo el reino y á las principales ciudades de Inglaterra, Italia y Alemania ; estaban concebidos en estos términos :

« Nos, Luis de Valois, duque de Turena, por la
 » gracia de Dios hijo y hermano de los reyes de
 » Francia, por el deseo que tenemos de ver y
 » conocer á los hijosdalgos, caballeros, escuderos,
 » tanto del reino de Francia, como de los otros
 » reinos, hacemos saber, no por orgullo, odio ó
 » mala voluntad, sino por el gusto de participar
 » de su honorífica compañía mediante el consenti-
 » miento del rey nuestro hermano, que sostendre-